

## SINTESIS ARQUEOLOGICA

por

FRANCISCO DE APARICIO

**P**OR segunda vez — con diez años de intervalo — voy a ocuparme en público del problema arqueológico de Santiago del Estero. Traigo, intencionalmente, para guía de mi exposición, estos papeles que el tiempo comienza a amarillear. Contienen el sumario del primer curso que dictara en la Facultad de Filosofía y Letras, en calidad de profesor suplente. Y traigo estos mismos papeles porque tanto en la síntesis que voy a esbozar como en la exégesis que haré oportunamente puedo repetir, con escasas variantes, lo que dijera en 1929.

Por aquel entonces comenzábase a hablar de descubrimientos sensacionales en Santiago del Estero, territorio que había quedado fuera del campo de acción de los que explotaron intensamente el país. La primera muestra de aquellos descubrimientos, sugestiva en verdad, víla en París, en 1926, en manos de Rivet, en su instituto del Museo de Historia Natural.

Nuestro conocimiento de la arqueología santiagueña, hasta aquella fecha, limitábase a algunas breves referencias dadas por los grandes precursores de la investigación científica en el país: Burmeister, Ameghino, Moreno y Ambrosetti. Vale la pena recordarlas:

La referencia de Burmeister, la más antigua, es vaga y ligera: "On a fait des trouvailles semblables à Santiago del Estero y Tucumán", dice, refiriéndose al hallazgo de urnas funerarias y de antigüedades indígenas, anteriores a la conquista, en el Delta del Paraná<sup>1</sup>.

---

(<sup>1</sup>) H. BURMEISTER, *Description physique de la République Argentine*, I, 126; París, 1876.

Ameghino no es mucho más concreto: “en la provincia de Santiago del Estero se han encontrado repetidas veces grandes urnas funerarias pintadas de colores variados, conteniendo esqueletos humanos, acompañados de pequeños vasos, platos de barro y numerosos objetos de piedra”<sup>1</sup>.

En Santiago del Estero — dice Moreno, refiriéndose a “El origen del hombre sudamericano” — “vivió un pueblo dotado de un sentimiento artístico muy avanzado; la alfarería allí es aún más fina, más elegante que las de Troya y Micenas, en la Grecia antigua; sus colores persisten con una viveza admirable”<sup>2</sup>.

A Ambrosetti le corresponde, en este como en otros casos, el honor de haber realizado el primer trabajo científico sobre el tema y, acaso, de haber dado la solución definitiva al problema que plantea. Acierto realmente notable, si se tiene en cuenta la escasez de material en que fundaba su diagnóstico. Los hallazgos dados a conocer por Ambrosetti son el resultado de una breve excursión efectuada en 1896 a Tarapaya, “lugar situado a unos seis kilómetros al noroeste de la ciudad de Santiago del Estero, sobre un terreno elevado más o menos cinco metros de la misma y que domina el río Dulce”.

En el curso de la rápida visita, pudo reunir Ambrosetti, superficialmente, “en las partes del terreno lavadas por las aguas”, una pequeña serie de tiestos y “tres urnas de barro negro, liso, y bastantes toscas”, conteniendo restos de párvulos ya muy destruidos. En su breve monografía, Ambrosetti describe minuciosamente sus hallazgos y da a conocer también la famosa urna que ha pasado a nuestro acervo arqueológico con el nombre de su descubridor y donante: Jesús Fernández<sup>3</sup>.

Curioso es, en verdad, que a pesar de tan sugestivos hallazgos y de los mencionados por Moreno, pasara, luego, más de un cuarto de siglo antes de que se volviera a hablar de arqueología santiagueña.

Esta larga indiferencia habría de ser compensada, más tarde, por la intensidad y la persistencia de las búsquedas y también por la cantidad

(1) FLORENTINO AMEGHINO, *La antigüedad del hombre en el Plata*, I, 518; París, 1880.

(2) FRANCISCO P. MORENO, *El origen del hombre sudamericano*, en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, XIV, 216; Buenos Aires, 1882.

(3) JUAN B. AMBROSETTI, *Noticias sobre alfarería prehistórica de Santiago del Estero*, en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, LI, 175; Buenos Aires, 1901.

de los hallazgos. Estos hallazgos, así como aquellos que se mentaban hace un par de lustros corresponden — huelga decirlo — a los realizados por los hermanos Wagner.

Cualquiera que sea la opinión que podamos tener acerca de las interpretaciones de aquellos investigadores, es de estricta justicia reconocer que nuestro conocimiento de arqueología santiagueña se funda, casi exclusivamente, en el resultado de sus exploraciones. Las investigaciones fugaces efectuadas por otros especialistas, entre las que incluimos las realizadas por nosotros mismos, son tan insignificantes comparadas con las de los arqueólogos franceses que, frente a su labor, pueden considerarse despreciables y, acaso, sólo utilizables para tal cual detalle interpretativo.

Dijimos al comenzar que ya en 1929 pudimos presentar un resumen de la arqueología santiagueña tan completo que, aun hoy, poco podemos añadirle.

En aquél año realizamos ligeras excavaciones en lugares próximos a Santiago del Estero, en compañía de Frenguelli. Era nuestro propósito principal estudiar el tipo de yacimiento y las condiciones de hallazgo, no obstante lo cual pudimos reunir, asimismo, una abundante cantidad de tiestos. Luego, pudimos ver las colecciones efectuadas por los hermanos Wagner, quienes tuvieron la gentileza de darnos amplia noticia acerca de sus hallazgos, y facilitarnos buena copia de objetos y una selección numerosa de las hermosas láminas originales que con tanto amor y habilidad dibujara aquel fino espíritu que fué Duncan Wagner.

Con este bagaje de información y de material ilustrativo desarrollé, en mi curso de 1929, la parte del programa correspondiente a Santiago del Estero. Entre el auditorio de hoy hay, por lo menos, un oyente de entonces: Enrique Palavecino.

A partir de aquella fecha arreciaron publicaciones de la más diversa índole acerca de los hallazgos arqueológicos santiagueños. En su gran mayoría escritos o inspirados por los hermanos Wagner. Todas estas publicaciones — conferencias, artículos, reportajes, etc. — anticipaban el contenido y el carácter de su anunciada grande obra: información escasa,

oscura y deficiente; interpretación descabellada que adquiere, a menudo, caracteres de delirio<sup>1</sup>.

Después de la aparición de "La civilización chaco-santiagueña" nuestro conocimiento de la arqueología de Santiago del Estero no ha mejorado muy sensiblemente. Esta obra, la más costosa que se ha impreso en el país, puso en manos de los estudiosos un magnífico álbum de figuras, pero su texto, tanto del punto de vista descriptivo como interpretativo, no puede tomarse en consideración. Las mismas figuras es menester tomarlas con beneficio de inventario, pues buena parte de los hermosos vasos representados han sido reconstruidos en base a pequeños fragmentos; aun cuando esta tarea haya sido realizada por Duncan Wagner con gran probidad y penetración — como hemos podido apreciarlo personalmente —, no puede darse criterio menos científico.

La falta de precisión en las descripciones comienza, desde luego, al pretender puntualizar las condiciones de hallazgo. Tarea difícil, en verdad, en el caso particular de Santiago del Estero, donde los yacimientos plantean un problema de morfología que sólo un especialista puede encarar con eficacia. A este respecto considero que sólo puede tenerse en cuenta como diagnóstico estrictamente científica, la formulada por Frenguelli en el curso de esta "Semana", incluida en este mismo volumen. Las observaciones efectuadas por nuestro colega, que hemos podido escuchar sobre el terreno en 1929 y recientemente, son de tal claridad y precisión que las conclusiones que en ellas se fundamentan difícilmente han de ser modificadas.

Admitidas las conclusiones de Frenguelli para definir el tipo de yacimiento, sólo nos restaría enumerar, sistemáticamente, el material arqueológico extraído en las numerosas búsquedas efectuadas hasta hoy en territorio santiagueño.

Los descubridores de tan rico material no han sido capaces de darlo a conocer taxonómicamente. Nadie podrá realizar esta tarea sin disponer, para su estudio, de las mismas piezas originales. Poco serio sería hacerlo en base a las ilustraciones de Duncan Wagner aun cuando éstas tuvieran el valor documental de que carecen.

(1) EMILIO R. WAGNER y DUNCAN L. WAGNER, *La civilización chacosantiagueña*; Buenos Aires. 1934.

La amplia difusión de aquellas ilustraciones da a los especialistas una impresión muy clara de la arqueología santiagueña, pero nada más. En base a ella y a nuestros conocimientos personales hemos de intentar una rápida síntesis, suficiente, a nuestro juicio, para los fines de este certamen.

En su casi totalidad, el acervo arqueológico está constituido por objetos de cerámica y, comparativamente, pueden considerarse escasas las piezas enteras. No obstante esta circunstancia, pueden establecerse como elementos típicos y de mayor frecuencia los siguientes: grandes vasos, utilizados, a veces, a guisa de urnas funerarias, pucos, "campanas", torteros y estatuillas. Todas estas piezas y aun los tuestos que priman en cantidad realmente innumerable, tienen caracteres propios que las hacen inconfundibles.

Las grandes urnas son de formas muy variadas pero simples con tendencia general subglobular. Han sido ilustradas con lujo y profusión inusitados por sus descubridores, de modo que considero de todo punto innecesario insistir acerca de ellas. A los efectos de este resumen, basta recordar que pueden escindirse en dos grandes categorías: vasos toscos con sumaria decoración modelada en el cuello y, a veces, en el vientre; y vasos muy finos con profusa decoración pintada, sea en blanco y negro o rojo y negro, sea policroma. Los pucos pertenecen siempre a esta última categoría.

Mas, lo que distingue a la cerámica de Santiago del Estero y — en conjunto — la singulariza, son los elementos que integran su decoración.

El elemento más conspicuo es, sin duda, la figura humana; estilizada siempre, pero representada en formas muy variables desde la simple indicación de los arcos superciliares hasta composiciones abstrusas y complicadas. Acompañan a estas representaciones, en la mayoría de los casos, figuras serpentiformes y ornitomorfos. Estos tres elementos se combinan a menudo dando lugar a la representación típica de esta cultura que los hermanos Wagner han denominado la "deidad antro-orno-ofídica".

La figura humana interpretada por los alfareros santiagueños presenta, a menudo, como elementos accesorios notables, lágrimas y nariguas. Elementos humanos muy importantes, por la frecuencia con que

han sido utilizados, son las manós, unas veces representadas con gran realismo y otras estilizadas violentamente hasta agruparlas en guardas y grecas de aspecto geométrico. Los Wagner, ordenando series de distinto grado de estilización, llegaron a interpretar estas oscuras composiciones decorativas con notable acierto.

Completan la enumeración de las obras plásticas de las antiguas alfarerías santiagueñas, unos pseudo-vasos antropo o zoomorfos de "aspecto de campana", objetos realmente curiosos que no tienen similares en la arqueología argentina. Abundan, asimismo, las estatuitillas figulinas de caracteres estilísticos muy netos, inconfundibles, y — en cantidad que excede toda ponderación — los torteros de uso, de hermosura y perfección tales que no tienen parangón en todo el continente.

Esta enumeración fugaz de la rica alfarería santiagueña puede bastar a los fines de esta "Semana". Su clasificación sistemática sería obra ímproba y fuera de lugar en esta oportunidad. Por desgracia, sus descubridores, que debieron hacerla, perdiéronse en un extenso galimatías interpretativo, sin poder precisar ni las condiciones de hallazgo ni los caracteres del material que estudiaron.

Fuera de los restos de cerámica son muy escasos los objetos arqueológicos retirados de los yacimientos santiagueños: puntas y objetos diversos de hueso, entre los cuales cuentan algunos muy hermosos, y contadas hachas de piedra.

Por su valor, para la apreciación cronológica de esta cultura, conviene recordar que en algunos yacimientos se han retirado, en gran cantidad, cuentas de vidrio, al punto de ser esta provincia la que ha proporcionado, hasta hoy, el más grande aporte de este resto en cantidad y variedad.